

# TRATADO UNIVERSAL DE MONSTRUOS

**Lucía Laragione**

ILUSTRACIONES DE **Mariano Castelli**

Grupo Editorial Planeta

Laragione, Lucía  
Tratado universal de monstruos / Lucía Laragione. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : Planeta Lector, 2020.  
168 p. ; 19 x 13 cm.

ISBN 978-987-767-122-3

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.  
CDD A863.9282

© 1999, Lucía Laragione  
Ilustraciones: Mariano Castelli

Derechos reservados de esta edición

© 2020, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.  
Publicado bajo el sello Planetalector®  
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.  
[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

1ª edición: febrero de 2020  
200 ejemplares

ISBN 978-987-767-122-3

Impreso en Master Graf S.A.,  
Mariano Moreno 4794, Munro, Pcia. de Buenos Aires,  
en el mes de enero de 2020

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

*A Julián, Lalo, Valentín y Santiago,  
los más chiquitos.*

Grupo Editorial Planeta

Grupo Editorial Planeta

## EMPUSA

**B**argach corre y brinca con toda la energía de su cuerpo musculoso mientras yo, tirado al sol, no puedo quitarme las horribles imágenes de la mente. Como si se diera cuenta de lo que me atormenta, el bóxer se acerca, apoya su pesada cabezota sobre mis piernas y mirándome con sus ojos ligeramente bizcos parece querer decirme que ya pasó. Lo palmeo afectuosamente: fue él, mi perro, el que me salvó del horror.

La pesadilla comenzó como un sueño, un sábado por la mañana. Había quedado en encontrarme a las diez con mis amigos para jugar la final contra la barra de Pucho. El despertador no sonó y, de casualidad, abrí el ojo a las diez menos cuarto. Salté de

la cama, me vestí y salí corriendo sin tomar siquiera un vaso de agua. En la estación Callao me lancé escaleras abajo, perseguido por el olor a medialunas recién horneadas de la confitería de la esquina. Muerto de hambre, bostezando, subí al vagón casi vacío. Haciendo esfuerzos para no dormirme, me obligué a leer los carteles que promocionaban una conocida marca de Colchones. «Mullidos, amplios, ideales para conseguir un descanso verdaderamente reparador.» Pensé que leer ese aviso no era lo mejor para mantenerme despierto. Fue entonces cuando sucedió. En Agüero se abrieron las puertas del subte y, como una aparición, ella hizo su entrada. Era una diosa: alta, flaca pero no anoréxica. Llevaba el pelo rubio muy corto y tenía unos enormes ojos marrones que, decidida, clavó en mí. Como si me hubiera tomado cinco litros de café de un sorbo, me despejé de golpe. Ella me miraba sin pudor, midiéndome y pesándome. No quisiera que me tomaran por fanfarrón, pero soy lo que cualquier chica no dudaría en llamar un «potro». Para que se formen una rápida idea: una mezcla de Justin Bieber con Cristiano Ronaldo. Le sostuve la mirada, ella me sonrió. Habíamos pasado Bulnes y quedaban dos estaciones para conseguir su teléfono. Decidido a hablarle, me incorporé. Sin embargo, en Scalabrini Ortiz, ella desapareció como si se hubiera evaporado. Tan rápida y sorpresiva fue su partida que me dejó totalmente desconcertado. Me bajé en

Plaza Italia pensando que había sufrido una alucinación. Y, encima, llegaba tarde.

—¡Vamos, Ruy, dale, movete! —me apuraba Juan Manuel tratando de hacerme entrar en ritmo, pero yo no veía más que esos ojos marrones clavados en mí y la sonrisa que invitaba.

—¡No se puede creer la pelota que se perdió! —gritaba Sebas al borde de un ataque de nervios, mientras lo que debía ser gol rodaba ya lejos de mi alcance.

Los que sí festejaron fueron los de la barra de Pucho que nos ganaron 3 a 2.

—¡Por lo menos habríamos empatado si no te hubieras comido esa pelota! —no paraba de recriminarme el Gallego.

—Debe ser lo único que desayunó esta mañana —ironizó Julián.

Y en eso sí estaba en lo cierto.

—¡Dejalo! ¿No ves que se «tildó»? —me «defendía» Alex.

Volví con ellos aguantando el gaste. Habría soportado lo que fuera con tal de volver a verla. Pero ese día no pudo ser.

...

Pasé la semana en estado de hechizo. Todo el tiempo me parecía verla. Como si cada chica a la que miraba se transformara en ella. Nunca me ha-

bía ocurrido algo así. En el trabajo, metía la pata a cada rato. Me olvidé en el mostrador de la agencia de viajes los pasajes que me mandaron a buscar. Trastoqué los envíos. Confundí los mensajes telefónicos. Equivoqué los tamaños, colores y tipos de cada cosa que me encargaron que comprara. Me salvó del despido el romanticismo incurable de la secretaria de mi jefe, a quien le confesé que todo el desastre se debía a mi fatal enamoramiento. Ella se ocupó de cubrirme y de reparar cuidadosamente cada uno de mis numerosos errores.

En el cole, el caos no fue menor. Los profesores no salían de su asombro. No es que yo sea un *nerd* pero tampoco soy de los peores. Sin embargo, esa semana me merecí cada uno de los aplazos que obtuve. Mi vieja, por su parte, amenazó con llevarme al médico. Estaba francamente alarmada al ver que traía, sin tocar, las nutritivas viandas que cada mañana me prepara. Y lo que era más: ni siquiera probaba las succulentas cenas que me deja para calentar en el microondas cuando llego.

Y al pobre Bargach me lo olvidé en la plaza. Tan distraído estaba que no le silbé para avisarle que nos íbamos. Dos cuadras corrió hasta alcanzarme con la lengua afuera y los ojos llenos de reproche.

Felizmente, la semana terminó y llegó un nuevo sábado. Había planeado instalarme desde temprano en Agüero, la estación de subte en la que ella había subido. Tenía el palpito de que, allí, la encon-





traría. Puse el despertador a las ocho. No fue necesario porque no pude pegar un ojo en toda la noche. Tampoco desayuné: no tenía hambre.

Ocho y media en punto estaba sentado en un banco de la estación. Me compré el diario: con un ojo leía el suplemento deportivo, con el otro, vigilaba. Yo, que soy un sufriente hincha de Racing, todavía sentía en la boca la dulzura del triunfo contra Independiente ¡en su propia cancha! ¡Años esperando ese momento de gloria!

Fue lo único que me sacó, por un rato, la imagen de ella de la cabeza.

En la estación había poca gente, de modo que era difícil que la flaca se me escapara. Se hicieron las nueve, las nueve y media, las diez... No aparecía. A las diez y un minuto me invadió el desánimo. ¿Qué hacía yo esperando a una chica que había visto solo durante unos segundos y que, seguramente, estaba durmiendo lo más tranquila en su cama? Me sentí un imbécil. Justo en ese momento me golpearon el hombro.

—¡Hola, Ruy! ¿Qué hacés? ¿Para dónde vas? —preguntó Julián con la sonrisa en la boca y la raqueta en la mano.

Inventé un encargo de mi papá: tenía que esperar a una persona que me entregaría un paquete y seguiría viaje.

—Te acompaño —dijo—. Total es temprano para mi clase de tenis.

Entonces, apareció ella. Por un segundo, tuve la absurda impresión de que venía desde el túnel. Me miró como reconociéndome. Se veía más linda que el sábado anterior. Yo no sabía qué hacer para sacarme de encima a Julián y encararla. Ella pareció darse cuenta de la situación. Se acercó y dándome un papelito dijo:

—Se te cayó esto.

—¿Se te cayó? ¡Yo no vi que se te cayera nada!  
—repetía una y otra vez el pesado de mi amigo.

Antes de que alcanzara a darme cuenta de lo que sucedía, la flaca se subió al subte que llegaba y desapareció.

—Che, ¿tardará mucho más la persona esa? Porque yo tengo que irme y no puedo acompañarte más —decía Julián mientras yo sentía crecer dentro de mi pecho un impulso asesino.

Cuando finalmente se fue, abrí el papelito. «Esta noche hay una fiesta en mi casa. ¿Querés venir?», leí sin poder creer lo que leía. Más abajo figuraba un lugar de encuentro, una hora y su nombre: Empusa. Empusa, Empusa, repetía yo extasiado. Un nombre rarísimo que a mí me sonaba lindo. ¿De qué origen sería? Ya tendría oportunidad de averiguarlo.

Volví a mi casa con el corazón brincando... y la panza vacía. Me lancé sobre la heladera y me preparé un sándwich como esos que suelen mostrar en la tele. Media *baguette* con salame, queso, tomate,

aceitunas, marrones, huevo duro y mucha mayonesa.

—¡Qué suerte! ¡Volvió Ruy! —dijo mi vieja que entró justo a la cocina y me encontró comiendo.

•••

Ella llegó a las diez y cuarto. Yo, en cambio, esperaba en la esquina de Santa Fe y Agüero desde las menos diez. ¡Guauuuuuu! Estaba lindísima. Llevaba un vestido negro ajustado. Sus piernas muy largas remataban en dos piecitos calzados con unas preciosas botas de charol. Recién entonces me di cuenta de que rengueaba ligeramente. Pensé que quizás se había golpeado o que, tal vez, la bota derecha le apretaba. Ella sonrió al verme, dejando al descubierto dos hileras de dientes muy blancos y parejos.

—Hola —dijo una voz aterciopelada.

Me jugué a darle un beso y respondió a la caricia.

—Me llamo Ruy —dije en cuanto tuve la boca libre.

—Ruy, Ruy —repitió como si saboreara mi nombre. Y luego, agregó—: Te cité aquí porque no es fácil llegar hasta mi casa. ¿Vamos?

¿Quién habría podido resistirse a tal invitación? Tomamos el subte en dirección a Catedral. En Diagonal Norte, combinamos con la línea C. Luego... no sé muy bien lo que ocurrió luego. Digo que no sé muy bien porque, aunque tuve la impresión de que

nos bajábamos en Moreno, ahora estoy casi seguro de que no fue así.

Empusa vivía en una cortada. Su casa era antigua y diferente. No se parecía a ninguna que hubiera conocido. La planta baja era un gran estar de piso de baldosa adornado con preciosas alfombras orientales y rodeado por la galería de arriba. El ambiente estaba impregnado de un aroma muy agradable que no podía reconocer.

—Estoy quemando incienso —dijo.

Me sorprendí de que me gustara. Nunca había podido tolerar el olor del que mi hermana hacía arder en el cuarto. Se lo comenté a Empusa.

—Este viene directamente de Grecia —me explicó—. Es el mismo que los antiguos sacerdotes usaban en las ceremonias religiosas.

Todo me resultaba distinto y atractivo.

—¿Cuándo llegan los demás? —pregunté.

—¿Los demás? No hay demás. Solo vos y yo.

Entre abrazos y besos, me contó que su familia provenía de Corinto, una ciudad griega que ella acababa de visitar. Recalcó que lo que más le había impresionado eran las esculturas que reproducían la belleza de los cuerpos masculinos.

—Aunque —agregó mientras palpaba los músculos de mi pecho y de mis brazos—, vos no tenés nada que envidiarles.

La forma en que me miraba y me tocaba me hizo poner colorado.

—¡No me digas que sos tímido! —se rió ella.

No es que yo no hubiera conocido chicas lanzadas pero ninguna como esta.

—¿Tus viejos dónde están? —pregunté para salir del apuro.

—En el campo. Los fines de semana se van al campo.

—¿Y no les importa dejarte sola?

—¿Y qué tiene? Nadie me va a comer... ¿Y vos? ¿Tenés miedo de que te coman?

—¡No, claro que no! —respondí enfáticamente. Pero la verdad, empezaba a tener ganas de irme.

Al día siguiente, me desperté con una gran desazón.

Me sentía francamente estúpido por haberme casi escapado de una chica que me gustaba tanto. Ella se enojó un poco cuando le dije que me dolía la cabeza y que me iba. ¿Qué me había pasado? No podía entender mi reacción. Y sin embargo ahora me doy cuenta de que algo inquietante debí haber percibido.

Me quedé todo el domingo pensando en ella y en mi inexplicable conducta. El lunes, cuando me mandaron al centro a hacer una diligencia, decidí pasar por la casa. Lo que ocurrió entonces fue de volverse loco: no pude encontrar la cortada donde ella vivía. Me fijé en la guía de calles pero, aunque parezca increíble, esa no figuraba. Pregunté inútilmente a los vecinos. ¡Nadie la conocía! Entonces

pensé que nunca más volvería a ver al gran amor de mi vida y entré en desesperación.

Dos días después, estaba en la plaza con Bargach. De repente, como si hubiera surgido de la nada, ella apareció junto a mí. La sorpresa me dejó mudo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta verme?

—¡Sí, sí! ¡Por supuesto! Lo que pasa es que no te vi llegar... ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—No lo supe. Fue el azar. Simplemente caminaba y te encontré...

—¿Qué raro! ¿No?

—Debe ser el destino —dijo sonriente.

Le conté lo que me había pasado al ir a buscarla y le pregunté cómo era posible que no hubiera encontrado ni la calle ni la casa. Por toda respuesta, ella me rodeó el cuello con los brazos y me partió la boca de un beso. Yo me entregué entero a la caricia. Pero entonces, en ese mismo momento, Bargach llegó corriendo y, hecho una furia, saltó sobre ella derribándola. Luego, sujetándola por el pie, empezó a tironear de su bota. Cuando alcancé a reaccionar, tomándolo del collar, se lo saqué de encima. No podía salir de mi sorpresa: jamás había visto así a mi perro. Pálida y furiosa, desde el pasto, ella lo miraba como si quisiera fulminarlo. Yo, por mi parte, no podía ayudarla a levantarse porque si lo soltaba el bóxer se le iba al humo. Bargach estaba como loco y no paraba de ladrar.

—¡Basta, perro idiota! —le grité. Pero no había manera de calmarlo.

Ella se puso de pie. Noté que rengueaba más que antes.

—¿Te lastimaste? —me preocupé.

Ni siquiera me contestó. Giró dándome la espalda y se fue. Ahora sí, todo se había arruinado definitivamente.

Camino a casa, mientras lo tironeaba de la correa con todas mis fuerzas, intentaba entender qué le había pasado al idiota de mi perro.

—¿Te pusiste celoso? ¿Eso fue? —le preguntaba—. ¿Creíste que me estaba lastimando? ¿Eh? ¿Me podés explicar qué cuernos pasó por tu cabezota?

La verdad, tenía ganas de darle un buen par de patadas pero el temblor que sacudía el cuerpo musculoso de Bargach me contaba, mejor que mil palabras, la violencia de sus emociones. En ese momento pensé que tal vez Empusa le tenía miedo a los perros y el bóxer había olido ese temor en su piel. Conocía otros casos así. También pensé que, lamentablemente, ya no tendría oportunidad de averiguarlo. No creía que ella quisiera verme nunca más. Y, sin embargo, yo necesitaba saber si estaba bien. Porque la había visto renguear como si se hubiera golpeado muy fuerte. Decidí llamarla por teléfono. Entonces me di cuenta de que no tenía su número y que ni siquiera conocía su apellido. Ahora sí, todo estaba perdido.



...

Los días que siguieron fueron muy difíciles. No tenía ganas de hacer nada. Me costaba levantarme a la mañana y muchísimo más ir al cole y a trabajar. Sentía mucha rabia contra Bargach: lo culpaba de mi desdicha y lo trataba mal. Le gritaba por cualquier cosa, lo echaba de mi lado y ni siquiera lo habría sacado a pasear de no ser porque esa tarea me correspondía y mi vieja se encargaba de recordármelo. Ese domingo, por ejemplo, me lo «recordó» a las once de la mañana. De modo que me levanté maldiciendo, me vestí y salimos. Bargach me miraba con los ojos húmedos pero yo no sentía ni un poquito de lástima. Se me había endurecido el corazón. Lo llevaba por la calle a los tirones sin dejarlo detenerse a oler, aquí y allí, como le gusta. Caminamos y caminamos hasta llegar a Parque Lezama. Me di cuenta de que el perro tenía sed pero no me importó. Lo até a un árbol y me fui a mirar tranquilo la feria artesanal. Me detuve en el puesto de un hombre de ojos claros y tupida barba roja que vendía gorros de piel con orejeras.

—Son para protegerse del helado invierno ruso  
—dijo a mi oído una voz aterciopelada.

Ahí fui yo el que se quedó helado. Giré para mirarla mientras experimentaba una rara sensación: una mezcla de alegría y de miedo.

—¡Vamos! ¡Ni que hubieras visto a un fantasma!  
—dijo sonriente.

Pensé que debía ser bruja pero no se lo dije porque tal vez no le cayera bien.

—La verdad es que vine a este parque con el secreto deseo de encontrarte —afirmé en cambio.

—Siempre vengo los domingos. Debo habértelo contado. —Y luego de una pausa, preguntó—: No trajiste a tu perro, ¿no es cierto?

—¡No lo tengo más! ¡Lo regalé! —mentí mientras rogaba para que no lo descubriera atado al árbol, unos metros más allá.

—¡Qué suerte! Porque yo a esos bichos los odio.

Bargach, por su parte, sí la había visto llegar y, muy excitado, empezó a ladrar.

La tomé de la mano para alejarla lo más rápido posible del idiota del bóxer. Abrazados, recorrimos los diferentes puestos. Advertí que rengueaba ligeramente.

—¿Mi perro te lastimó?

—No quiero volver a hablar de eso.

Su mirada ahora era de freezer. Y lo que yo menos quería era que se enojara. Cambié de tema. Caminando muy juntos, llegamos hasta su casa. Pensé que, seguramente, sus padres estarían en el campo. Sentí ganas y temor de estar a solas con ella. Entramos: el mismo olor a incienso que mareaba. La besé. Sentí su mano acariciándome el pecho debajo de la remera.

—Te comería —susurró en mi oído.

Volví a sentirme incómodo. Pero esta vez estaba decidido a quedarme. Ahora los labios de Empusa recorrían mi cuello y bajaban por mi hombro. Cerré los ojos para concentrarme solo en la caricia. Sentí sus dientes blancos y parejos mordidéndome suave. Nunca había conocido a nadie como ella.

Pero en un segundo, el placer se convirtió en dolor.

—¡Ay! —se me escapó el grito. Y luego, apartándome, le reclamé—: ¡Me mordiste fuerte!

Sonrió. ¡Tenía la boca ensangrentada! ¡Con mi sangre, con mi propia sangre! Ahora, ella se relamía y una expresión maligna asomó en su rostro. Con la respiración agitada y los ojos brillantes clavados en mí se acuclilló en posición de fiera, dispuesta a atacar. El horror me paralizó. No podía ni gritar. Entonces, como si la pared fuera de aire, un cuerpo marrón y musculoso la atravesó de un salto. ¡Era Bargach que, cayendo sobre Empusa, la derribó! Ella intentó levantarse pero el bóxer, sujetándola firmemente con sus poderosas mandíbulas, tiró con todas sus fuerzas de la preciosa bota de charol y se la arrancó. Pese al aroma del incienso, el olor fue como una trompada en la nariz. No se trataba del conocido «olor a pata». De una manera asquerosa y repulsiva, olía fuertemente a... ¡caca! ¿Cómo era posible que del delicado piecечito saliera ese hedor? Traté de descubrir de dónde venía realmente. Antes de que lo ocultara, alcancé a ver que el pie

de Empusa era de color marrón y tenía una forma muy rara. En el mismo momento, para mi absoluto terror, todo empezó a desaparecer ante mis ojos: la hermosa sala, las alfombras orientales, los adornos, la alta galería. Y entonces pude darme cuenta de que en realidad estábamos en un lugar lúgubre y oscuro. Olía a humedad. Poco a poco, fui reconociendo los sonidos: no había duda, eran los ruidos del subte. Nos encontrábamos en uno de sus túneles. Empusa, mientras tanto, había logrado ponerse en pie, y lanzándome una última mirada de furia, se esfumó en el aire de la misma manera en que lo habría hecho un fantasma. Yo me desmayé.

Algo áspero me mojó la cara. Abrí los ojos: amorosamente, Bargach lamía mis mejillas. Aún seguíamos allí, en el túnel, pero no quedaba ningún rastro de ella.

—¿Se fue? —atiné a preguntar.

Por toda respuesta, el bóxer empezó a gimotear como cuando quiere salir. Hice lo que me pedía. Me puse de pie y, temblando, emergimos de la oscuridad del túnel a la luz del día. Estábamos en la estación Mariano Moreno. La gente disfrutaba del domingo soleado, ajena al horror que nosotros acabábamos de vivir. Las fuerzas me alcanzaron para llegar hasta el banco de una placita. Allí me derrumbé. Echado junto a mí, Bargach levantó su cabezota y me miró con los ojos húmedos. Recién entonces me di cuenta de que no tenía su collar. Se-

guramente se lo habría arrancado al tironear para soltarse. Él, a su vez, seguía mirándome como si me preguntara: «¿Y? ¿Entonces, quién de nosotros es el idiota?».

—¡Gracias, gracias por salvarme! —murmuré abrazándolo tan fuerte que casi no lo dejaba respirar.

Hoy, varias semanas después de los sucesos, estamos de nuevo aquí en la plaza. Y mi perro, que corre y brinca con toda la energía de su cuerpo poderoso, parece haber olvidado lo que sucedió. Sin embargo, vigila atento. Si cree que alguna chica se me acerca demasiado, viene volando a olerle los pies. Y si lo reto por eso, me mira largamente como para recordarme que lo mejor que yo puedo hacer es callar y confiar en su olfato.